

dose de los relatos palaciegos y cortesanos y, casi siempre, de las historias fantásticas. Pasolini vuelve a inventarse —desde su presente romano, desde la prostitución y el lumpen que él conocía tan bien— al pueblo medieval. Ejerce, en tal caso, de historiador, ya que interpreta la realidad sin limitarse al marco inevitable del documento. Le interesa el hecho vivo, diario, y no olvida que es, en primer lugar, el pueblo quien crea, quien inventa; y que la Corte no hace sino adaptar y edulcorar las invenciones del pueblo. Y narra con frescura las costumbres de un tiempo, sin inventar —interpretando solo, como hombre de su tiempo— nada.

No nos cuenta Pasolini una Arcadia en la que el Cuerpo es libre; se habla de prostitución, de esclavitud incluso, de goce de un cuerpo constreñido a ello por otro cuerpo, señor o astuto usurpador de derechos. No miente Pasolini, historiador del cuerpo y del lenguaje. Pero, eso sí, proyecta en ocasiones sus deseos. Pier Paolo Pasolini —revolucionario en su doble calidad de marxista y de homosexual consciente— no pretende en ningún momento hacernos pensar



que el tiempo pasado fue mejor; ni siquiera el tiempo semi-fabuloso de las Mil y Una Noches. Lo que sí quiere es, apoyándose en la historia, apoyándose en las relaciones profundas entre visión del cuerpo

y construcción del lenguaje, denunciar una situación actual de desprecio por el cuerpo, de decadencia por lo tanto de una cultura; y apuntar, como buen teórico del futuro, como buen inventor de un mundo próximo y mejor, la necesidad de una transformación de las relaciones cuerpo/entorno vital si queremos realmente transformar también las relaciones de producción en las que se basa nuestro mundo opresivo y siniestro.

De todo ello, las «Mil y Una Noches» son el mejor ejemplo posible. Ahí Pasolini se ha encontrado con un material fresco, vigente. Ha volcado en su trabajo toda una sensibilidad mediterránea, aún pervivente en tradiciones y modismos populares. Ha ensalzado, con una belleza singular, el papel del cuerpo en el paisaje, del cuerpo en el tiempo histórico que le corresponde. Como verdadero poeta que era, Pier Paolo Pasolini extrajo del pasado semi-legendario en el que transcurre este cañamazo de historias, un proyecto revolucionario para el futuro; para el futuro del cuerpo en el tiempo, esto es, para el futuro del Hombre.

MITOS DELICUESCENTES DE LA IMAGINERÍA POPULAR

LA imaginación popular mítica, inventa y embellece las biografías de los hombres que, por lo menos, han sabido animar su vida y darle nuevas emociones: Enviados de Dios o de los dioses, líderes políticos de inmenso carisma, tan ciegos y tan iluminados como Homero, videntes y profetas, se han encontrado convertidos por mor del talento del vulgo en figuras de un mágico retablo habitantes de un mundo de sombras y prodigios. nada puede ser natural y normal en hombres que, por las razones que sean, trascienden de lo habitual y se convierten en leyendas: la fantasmagoría comienza, a veces, a invadirles en vida, se teje y complica tras de su muerte, y se convierte por fin en poética telaraña de misterios siglos después. No hace falta, para esto, la labor de un poeta, de un misticador: basta con la tradición oral, con los ciegos que recorren caminos desplegando sus cartelones de crímenes y magias, a la vez paganos y sacros.

Uno de estos hombres míticos fue San Vicente Ferrer. Maestro de dominicos, autor del célebre compromiso de Caspe, consejero y amigo de reyes, partidario del

Papa de Aviñón frente al de Roma, su figura tuvo una particular importancia tanto política como religiosa —en aquellos tiempos los dos términos estaban muy empa-



rentados— en la estructuración de la Europa de principios del siglo XV. Pero, al margen de su importancia como hombre político, tuvo otra faceta: fue «predicador de muchedumbres», «conversor de judíos», «hacedor de milagros» —justo después de su muerte, la Iglesia le reconoció exactamente ochocientos treinta y siete portentos, procediendo a su inmediata canonización— y sobre todo apocalíptico histrión, capaz de arrastrar masas con su palabra.

Esta es, justamente, la faceta que recoge Carles Mira en su película «La Portentosa Vida del Padre Vicente». Deja de lado la actuación política, de Cortes y palacios obispales, del Santo, y se ciñe a recrear al personaje según lo retrata la tradición. La película ha sido tachada de blasfema, acusada de ensuciar la memoria de Vicente Ferrer, prohibida incluso —o, al menos, vetada de manera extraoficial— en Valencia, ciudad apadrinada por el Santo. Cabe preguntarse el porqué de este horror; debe ser que los cristianos del último cuarto de siglo sienten una especie de rara vergüenza ante sí mismos, ante su «Leyenda Dorada»; pues los milagros de Vicente Ferrer, su regla de vida, la castidad que le hace preferir un lecho de carbones encendidos a las lujuriosas y bellísimas caderas de Angela Molina, son imágenes que podrían encontrarse en cualquier ramillete de vidas de santos editado hace algunos años con el «nihil obstat» y el «imprimatur» de la Iglesia. Incluso los pasajes más escatológicos, como puede ser el de la expulsión de los demonios por el ano de la endemoniada —quien, por cierto, al «hablar en lenguas» lo hace en inglés— o las lujuriosas apariciones infernales, responden a la más ortodoxa tradición popular. La imagen de San Vicente Ferrer y la de sus seguidores está tratada de una forma casi respetuosa o, por lo menos, en todo acorde con la tradición; los mismos excesos histriónicos de Vicente en su faceta de predicador —más histriónicos aún, debido al concepto del teatro que tiene su intérprete, Albert Boadella— no son cosa rara en la Iglesia; yo mismo he podido observar, en púlpitos de parroquias madrileñas, y hace menos de veinte años, a sacerdotes igualmente dramáti-

cos, y del mismo modo preocupados con las tentaciones de la carne y del demonio.

Lo malo debe estar en el tratamiento de la historia del Padre Vicente; la Iglesia es cada vez más un asunto elitista, y quienes se pretenden sus representantes no deben querer que sus creencias se confundan con las del populacho. Puede ser también que la inclusión de desnudos —muy pocos—, y de palabras soeces mezcladas con hechos del santo, sea considerada blasfema. A mi juicio, no es así. Carles Mira ha hecho una película de ambiente popular; lo que en ella haya de grotesco no me parece que responda a una intencionalidad voluntariamente espectral, sino más bien es el

reflejo de una forma de concebir el mundo y lo sobrenatural ingenua, tradicional. Dentro de su espléndida ambientación, en un Levante donde todavía contaban los moros y los judíos, donde la vida cotidiana estaba teñida de arabisimos —que aún continúan e invaden el mundo mediterráneo—, está visión un tanto escatológica de la «Portentosa Vida del Padre Vicente», de las costumbres licenciosas de los monjes, de los burdeles baratos donde el comercio de la carne coexiste con el de las debollas, me parece poco menos que naturalista. En cualquier caso, la película de Carles Mira es una buena película, e incluso un buen ejemplo de cine religioso ■ E. H. I.

